



CULTURA

# La procesión del Viernes de Dolores

Nuestra Señora de la Soledad, la muerte, la primavera, la fabulación y Toledo

*Carlos Franco Agudo*

La procesión del Viernes de Dolores es el punto de inicio de la Semana Santa toledana. La liturgia cristiana, a un nivel más universal, explica que se trata del precedente al próximo Viernes Santo: una vez más morirá Jesús debido a esa reversibilidad del tiempo cultural con el que suele expresarse lo simbólico. De nuevo, como diría Lampedusa, todo cambiará para que nada cambie. El sacrificio de Jesús, los capuchones, los Pasos de siempre, los mismos elementos rituales, el mismo tiempo simbólico, las mismas músicas —o al menos el mismo tipo de música—, las mismas calles, e incluso las mismas gentes por esas mismas calles. Podríamos decir que “lo habitual por estas fechas” y asentiremos satisfechos si así es. Eso significa que el contenido de dicho rito sigue siendo válido. En esa satisfacción reposa nuestra organización del mapa, tanto físico como simbólico, con el que nos movemos por el mundo. Pero también podemos encontrarnos con el caso contrario, a saber: gentes nuevas, nosotros mismos desplazados contemplando otras semanas santas, o incluso nuevas formas de construir esos días festivos, como son el acercamiento a la playa, a espacios naturales, culturales e incluso a lugares de relax como pudiera ser un balneario o una casa rural. Y seguramente podríamos también decir que “lo habitual por estas fechas”, ya que lo habitual de estas fechas es precisamente que son “inhabituales”. Esto es, son momentos festivos que, independientemente del contenido semántico que les apliquemos, la mayor o menor carga simbólica con que los dotemos, son límites que estructuran y separan el tiempo cotidiano: el continuo que la Cultura trata de explicar a base de metáforas. Esas fronteras son las que nos interesan porque, descargadas o no de sus contenidos, aún hoy, en la transición de mundos tan diferentes como los que antes describíamos de forma un tanto simplista, ese en el que los comportamientos religiosos tenían una función relacional y que aparentemente hace aguas, o del actual mundo globalizado, secularizado, en el que aparece una nueva concepción individual de la gestión de lo trascendente

y del ocio, aún hoy, digo, dichas fronteras siguen siendo válidas y en ambas podría bien decirse que son “lo habitual por estas fechas”. Ambas marcan un espacio que es común a los dos mundos: el croquis del devenir azaroso domado, la llegada de la Primavera'. Una marcación que, a mi juicio, forma en Toledo, un episodio hermosísimo de condensación.

## Las Reglas del Juego

Cerremos bien los ojos. Los abrimos y es por la tarde del Viernes de Dolores, una fiesta móvil construida desde el concilio de Nicea (325 d. de C.) a partir de la ubicación de la pasqua —el primer domingo después del primer plenilunio del equinoccio de primavera—. Ante nosotros se encuentra, embutida en un callejón tirando para estrecho la iglesia de Santa Justa y Rufina. Al entrar en ella vemos en su fondo, en la cabecera y al lado del altar, una Virgen enlutada de pie. Se trata de una talla de tamaño natural y el efecto óptico pudiera hacernos creer que se trata de una persona real. Una dolorosa, ya adulta, con la cara desencajada por el dolor de una iconografía barroca típicamente castellana. Si nos fijamos mejor —a su lado un cura vestido de morado ejerce sus quehaceres ceremoniales—, está presidiendo una misa. Tras acabarse, se construye una poco ordenada fila de creyentes con una mayoría femenina evidente, que se apresta al tradicional “besamanos”, consistente en besar la mano de la dolorosa.

Al mismo tiempo, mientras estos oficios van aconteciendo, fuera de la iglesia se desarrolla una suerte de juego de cartas llamado “quinolas”, que toman nombre del de los bollos rectangulares de un dedo de grueso —la masa no muy alta pero sí deliciosamente fina—. Uno de los hermanos de la cofradía llama a los menos píos que merodean la iglesia al juego mediante el sonido de una campanilla un poco estridente y reiterativa. Cuando todas las cartas están compradas, un alma cándida, indistintamente niño o niña, dirige la suerte y, en definitiva, los bollos, a uno de los afortunados. El punto álgido y quizá más confuso se produce al fin de la misa, en que aquel

### RESUMEN:

Uno de los aspectos más estudiados en el área de Antropología de la UCLM es el referido a la religiosidad popular. En ese contexto Carlos Franco ha realizado un estudio sobre una de las procesiones más características de la Semana Santa toledana. Además de repasar el rito, los actores y los espacios, el trabajo propone un modelo de interpretación en el que están presentes elementos básicos del fenómeno, tales como la presencia de mujeres, la noche, el luto, la fiesta en la calle, etc.

estrecho callejón por el que es difícil imaginar como se sacarán los pasos que están por salir, se convierte en una especie de tapón. Por un lado están los amistosos encuentros de los de dentro con los de fuera, por otro los que se incorporan al juego y, finalmente, los que ya están jugando, que se ven imposibilitados por unos instantes a dejar la mesa. No obstante, dicha ebullición va desvaneciéndose conforme llega la hora de cenar.

Entrada ya la noche, saldrá al fin la procesión que pasa por las principales calles de Toledo, repitiendo buena parte del recorrido que hará la procesión oficial de dicha semana santa el día de Viernes Santo, la del Santo Entierro, así como buena parte de la que hará en su día el Corpus Christi.

**El Lugar.** La iglesia de Santa Justa y Rufina es un personaje curioso en esta historia. Se trata de un templo reaprovechado. Antes era una mezquita y, ya que desde la reconquista en el 1.085 fue una de las "históricas" cuatro parroquias mozárabes hasta el presente día, se presupone que antes lo fue de los visigodos. Lo único cierto es que su aspecto de mezquita es observable a primera vista pese a las modificaciones que la infringieron tras su reconversión, en la reestructuración de la entrada y la reordenación de su cabecera en el S. XVI y siguientes. La primera es evidente. Un poco más abajo de la puerta actual de acceso ciertos trabajos de restauración han dejado al aire un buen pedazo de arco de herradura profusamente decorado. Otra es igual de evidente que la anterior, sólo que tenemos que bordear la Iglesia hasta la calle paralela a su entrada, y allí comprobaremos para asombro de todos que hay una cabecera, por cierto muy decorada, enfilada a otro lado bien distinto del que ocupa hoy la cabecera oficial de la Iglesia. Por último sólo reseñarles la prueba más difícil porque ésta ya no se encuentra tan visible como las anteriores. Se trata de un patio situado justo a la izquierda de su fachada, y que hoy ya no cumple con sus anteriores labores purificadoras para el cual fue diseñado.

**La procesión.** Formada por un solo paso. La anteceden –aunque en el lenguaje de mis informantes se usa la palabra "acompañan"- dos filas de mujeres con velas ataviadas de negro. Los hombres sólo aparecen en su función de varas o cargos, en los que también figuran mujeres, y en la presidencia de la procesión junto al párroco. La Virgen, cabizbaja de dolor y llorosa, una mujer en su plena madurez, luce un traje de riguroso luto, un largo manto negro sin adornos y una banda sonora fúnebre, la música ejecutada por una banda que se sitúa inmediatamente tras ella y tras el párroco y los cargos. Atraviesa un camino que aún no tiene sentido más que en la memoria, en cuanto que la Semana Santa aún no ha comenzado: la Virgen pasea por el itinerario por el que hace un año transcurrió la pasión.

**El tiempo por el que transcurre.** La noche. Período de misterios. Lugar escogido por nuestro sentido cultural para expresar aquello que es ajeno a las claridades estructurales; sentido dramático muy usado en esta ciudad como se puede comprobar en el sentido finalista de la Tarasca, de lo femenino, en suma. Sólo a la luz de la luna, contrapunto agónico del sol, se pueden dar ciertos paisajes creíbles de ese otro mundo onírico en el que sustentamos cuestiones tan serias como nuestra ordenación social. Es curioso, por cierto, que el resto de la Semana Santa toledana transcurra de noche. Siguiendo las pistas que Edmund Leach nos da en su "Cultura y comunicación"<sup>2</sup>, en concreto todo ese juego de inversiones que Lévi-Strauss<sup>3</sup> propone de forma universalista, podríamos decir que se hace refe-

rencia a la vida o, en este caso, a su ausencia. Este tipo de inversiones basadas en una codificación binaria básica obvian muchas cosas, desde luego, pero apuntan directamente a ese punto intermedio que une en un terreno de nadie a lo real con lo irreal, es decir, lo simbólico, y que tiene su utilidad en señalarnos los hitos que se enmarañan en esa trama densa e ingente de significados en la que, según Geertz<sup>4</sup>, interactuamos.

**El luto. El besamanos-funeral-pésame.** No, no me he comido los espacios por error. Es, efectivamente, "besamanos-funeral-pésame". Les cuento. Toda la fiesta, desde su inicio, es una fiesta de muertos. Nuestra fiesta cotidiana de muertos. El recordatorio de un funeral tal cual se celebran los recordatorios, al año siguiente del óbito. Pero este no es un recordatorio normal, claro está. Se trata nada menos que del funeral de Jesús, el recordatorio anual de su pasión y muerte que, desde hace dos milenios, tal cual nos explica este mito, viene repitiéndose año tras año.

El traje oficial en estos casos es el luto. Lo negro. La noche. El color que no tiene color y con el que solemos representar la muerte en nuestra Cultura –para otras no: recordemos, por citar un caso, que para los budistas es el color pajizo-. Es decir, el negro, la representación simbólica de la ausencia, de la carencia de luz, del dolor y, en definitiva, de la soledad.

El rito comienza con una misa en la que la ausencia del cuerpo de Jesús es suplida con la talla de la Virgen puesta al lado del altar donde, al final de ella, recibirá el consuelo-pésame de todos los presentes.

Siguiendo este guión, la procesión no deja de ser sino el acompañamiento de la Virgen por parte de todas sus fieles enlutadas por aquel camino por el que el año anterior transcurrió la pasión y muerte de su hijo. No quiero adelantarme a las conclusiones, pero no puedo dejar de decir que, curiosamente a lo que pudiera parecer si leemos el programa que edita el ayuntamiento de Toledo, esta procesión no marca el inicio de la semana santa. Muy al contrario: como hemos visto se trata del final de una fiesta que comenzó el año anterior en domingo de ramos, más aún, que comenzó hace dos mil años. Eso es evidente vista la naturaleza recordatoria de la procesión. ¿Como se explica esto? Hay truco, naturalmente. Un truco de escritor inventado por Marcel Proust mojando una magdalena, si mal no recuerdo: la evocación de lo que fue nos trae las sensaciones originales del pasado, esto es, una curiosa treta para transportarnos, mediante un *flashback* casi cinematográfico, a ese tiempo mítico de la desestructuración en que "ocurrió" todo, la pasión y resurrección de su hijo Jesucristo, ahora recordado y llorado. Tal vez por todo ese tiempo de ausencia.

## Concluyendo

Concluir es, en cierto modo, expresar una situación. Hacer visible un cuerpo teórico más o menos hermoso del que lo único que tenemos cierto es que es en buena medida falso. Y es que la construcción de la realidad, ya sea presente o pasada, no deja de ser *irreal*. Al menos la concebimos con los mismos mimbres con los que se componen este tipo de cosmovisiones tramposas en cuanto al uso del tiempo y del espacio, lo que por otra parte no daña su carácter científico, la intencionalidad de desentrañar sistemáticamente todos los significados, de comprender el paisaje. Les he ido mostrando las partes de este extraño mosaico que es el hecho cultural de Nuestra Señora de la Soledad y por ello les creo en la inmejorable situación de establecer sobre ellas nuevas construcciones. No obstante, y como quiera que para esto he iniciado este viaje, inmediatamente paso a enumerárselas.

En primer lugar: la celebración de Viernes de Dolores de la Virgen de la Soledad, viene a constituirse como el elemento introductorio de toda la Semana Santa, constituyéndose en fin de la anterior y principio de la entrante. Es la puerta que hace que pasemos de lo cotidianamente estructural, al mundo desestructurado de la fiesta. Partiendo de esta afirmación, y como toda buena introducción que se precie, los elementos empleados en este evento prefigurarán el cuadro total de dicha Semana Santa. En una rápida enumeración nos encontramos con las siguientes características: *noche, muerte, mujeres, recuerdo, luto, la toma de la calle, etc.*, todas ellas unidas por el nexo común de ser iconos de la desestructuración.

La noche, reflejo de lo desestructural, viene a ser de forma inmediata lo contrario del día, lugar en el que la luz explica el orden social, en la que el poder se hace evidente y las distancias adquieren su verdadero significado. Lo que se convierte en una buena excusa para que la semana santa toledana transcurra de noche, único lugar creíble para una representación irreal de la pasión, o mejor dicho, para una rememoración atemporal con vocación de ser nuevamente factible.

La muerte, así de estrechamente relacionada con la noche, es el lado opuesto a la vida, pariente cercano de la luz. En tal caso, éste elemento se hace evidente como metáfora: la Virgen rememora la pasión mediante otros dos elementos: el recuerdo y el luto. El recuerdo, que hace posible ese pequeño milagro de regresar cada año al mismo punto en el que se quedó un hecho único, pero que gracias a él se repite hasta un infinito nietzcheniano. O el luto, simbolización de ese recuerdo, simbolización de la muerte, simbolización de esa noche por la que se pasearán las penas de una serie de hechos que "jamás se podrán olvidar".

Y por supuesto nos queda el sujeto de todas estas piezas: la mujer o mujeres, elementos desestructurales por naturaleza. Según nuestro lenguaje de género: las dueñas de la sexualidad, de la maternidad, de lo privado. La mujer, en particular, en cuanto que es ella el origen de todo —la maternidad—, pero con el contratiempo de verse privada de su descendencia —la puesta en duda de la reproducción—. Este recuerdo, esta duda sobre la fecundidad que hace tambalear los principios mismos del grupo, propicia que surja la chispa de la Semana Santa y que se confirme esa muerte, pero a su vez hace que se renueve esa resurrección. Es decir, un nuevo bello ejemplo de metáfora: la Primavera. El invierno, duro o no, torna a su fin. Traspasar dicho umbral mediante el habitual esquema del rito de paso descrito por Gennep<sup>3</sup> y sustanciado por Turner<sup>6</sup>, supondrá esta fiesta. Algo así como una renovación de Isis, pero sin su magia, claro está.

Otro buen elemento prefigurado es la futura toma de la calle, no sólo en cuanto a su recorrido, curiosamente parecido a otros recorridos festivos como el del Corpus, principal eje de la vida toledana, sino en lo que se refiere al paisaje al que se circunscribe: el casco viejo en su parte más antigua, tal vez dibujando un recinto mucho más pequeño, otra ciudad ya olvidada, probablemente preexistente a la propia aparición del catolicismo. Es de admirar que la procesión gire alrededor de las "cuevas de Hércules", del punto geográfico más alto de la ciudad, así como vaya a nacer y morir en una iglesia que antes fue mezquita, antes iglesia, y antes *dios sabe qué*.

¿Y por qué ese lugar en este acontecimiento? Buena pregunta porque sólo puede ser abordada desde la complejidad. En principio podríamos pensar que es el de erigirse

como piedra de poder sobre el que se configura la vida cosmogónica del lugar, capaz por sí solo de propiciar verosimilitud a nuestra fiesta, pues no en vano religión tras religión ha ido superponiendo sus ideas en este mismo lugar. O tal vez se trate de una simbolización del triunfo de la religión católica sobre la antigua mezquita. Quién sabe. Pero hay más, este lugar ha sido durante todo el siglo pasado el corazón de la Semana Santa, de ella siempre ha salido la procesión oficial de Viernes Santo, la del Santo Entierro. En ella se han sustentado las cofradías más importantes de la ciudad aún en los peores momentos de la fiesta. Pero hay más, se trata de un lugar viejo para una ciudad nueva en construcción, la nueva ciudad postindustrial de Toledo que ha nacido fuera de las murallas o, mejor, que ha renacido dentro de las murallas con unos habitantes llegados de la mano de esta nueva concepción del tiempo y del espacio.

En cuanto al significado del recorrido nos moveríamos desde terrenos tan movedizos como la propia historia de la ciudad, hasta los más evidentes del Toledo actual, pues no en vano atraviesa la calle del Comercio, su arteria principal tanto social como simbólica: la unión entre Zocodover-El Alcázar con la Catedral.

Todo ello nos lleva a una construcción: el paisaje. Es decir, Toledo, en la aparente rigidez cristiana-castellana del luto y el dolor, aparece ese curioso *flashback*, como un cuento oriental para explicar algo tan lejano como es la pasión y, de forma última, la llegada de la Primavera. Dicotomía que se hace evidente en detalles tan nimios como el rígido interior de la fiesta dominado por el besamanos, verdadero símil de un funeral y de los pésames y su contraposición exterior, bulliciosa y dominada por el juego de las quínoas. Pero un paisaje, no lo olvidemos, del pasado. La actual ciudad, los actuales nuevos habitantes no participan de ella más que como una forma de completar su ocio. La fiesta se convierte para los reencuentros de los habitantes del casco que hace más o menos años salieron de este barrio céntrico hacia la nueva Toledo extramuros. La bella metáfora de la Primavera, queda ahogada por otro tipo de recuerdos. Ahogada, como no, también, por los nuevos intereses del ocio, la espectacularización y, acaso, por una alteridad prestada. ■

## NOTAS

<sup>1</sup> CARO BAROJA, Julio; *El año festivo I, el carnaval, y El año festivo II, La estación del amor*, Círculo de Lectores, 1992.

<sup>2</sup> LEACH, Edmund; *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Siglo XXI, 1976.

<sup>3</sup> LÉVI-STRAUSS, Claude; *Antropología estructural*, Paidós, 1987.

<sup>4</sup> GEERTZ, Clifford; *La interpretación de las culturas*, Gedisa, 1992.

<sup>5</sup> GENNEP, Arnold Van; *Los ritos de paso*, Taurus, 1986.

<sup>6</sup> TURNER, Victor; *El proceso ritual*, Taurus, 1988.